

sos de la etnología y la antropología cultural *"recurrirán a esta obra como fuente inapreciable en el estudio"*. *"Entonces veremos —son también palabras de Moreno— cómo "Hombres, lugares y cosas de La Mancha", además de suscitar trabajos análogos, será punto de referencia obligado para publicaciones y tesis doctorales tendentes a un mejor conocimiento de nuestra tierra"* (2). Recordemos que los enfoques científicos —al igual que se advierte en medicina— se vuelve a lo concreto. Hemos estado demasiado tiempo trabajando en las nubes de la teoría, sin tocar sino raramente la tierra. Es preciso seguir el consejo del filósofo Wittgenstein: *"Volvamos al áspero suelo"*. Se desea ahora el estudio de la vida cotidiana, de lo que tenemos cerca: no limitarnos a la estadística y al trabajo bibliográfico. Y Mazuecos ha llevado a cabo un extraordinario trabajo de campo, en gran parte sin moverse de su consultorio. Ese ha sido su campo principal. No el único. Sabemos por sus cuadernos de sus andanzas: su riquísimo inventario de plazas mayores de ciudades y pueblos de La Mancha, sus excursiones para estudiar de cerca la alfarería de Mota del Cuervo o la Cueva de Montesinos, etc.

Esa comprensión y afecto que se advierte en sus cuadernos nos habla de un talante liberal. Es un representante yo creo que excepcional de la España ilustrada surgida tras el movimiento de la Institución de Libre Enseñanza. Lo vemos en esa liberalidad y apertura, e incluso en su maneras. También en cierta finura y elegancia intelectual. Ya sabemos cuáles son los males de España: la intolerancia, la envidia, la zancadilla. Machado decía que hay un español, que él creía muy abundante, que solo usaba la cabeza para embestir. La cabeza, y el corazón, tan caro también a Machado, los usa Mazuecos para que La Mancha y Alcázar se conozcan mejor a sí mismos. Y *"Hay una gran diferencia entre hablar de La Mancha conociendo La Mancha —escribió Azorín— y hablar apoyado en libros de un modo árido y libresco"*. Vale la pena recordar otras palabras de Azorín, el gran conocedor de Los pueblos, como se titulaba uno de sus libros: *"Ha hecho usted —escribe a Mazuecos— una obra muy digna de ser estudiada por sociólogos y etnólogos. Toda una ciudad, una gran ciudad —fijémonos en estas palabras del Pequeño Filósofo— vive, alienta y palpita en estas páginas. Al par que científica —concluye— es una obra finamente literaria"* (3).

Creo que el gran mérito de esta labor la ha descrito mejor que nadie, sin pretenderlo seguramente, como de paso, el propio doctor Mazuecos. *"... en fin de cuentas la consideración de la vida es su objeto"*.

No querría abrumar a este hombre extraordinario con elogios. Se que el mejor elogio para él ha sido el de unas personas muy sencillas, personajes de sus cuadernos, con el lenguaje de sus cuadernos. Cuenta, él mismo, que *"Había un grupo de moñigonas en el Arenal viendo el anterior cuaderno y escudriñando las fotografías. Al final —continúa—, una sentó la conclusión diciendo: y luego, que la letura está mu bien. El, desde sus páginas, le contesta a esa persona, que acaso no habrá tenido noticia de ello. "¡Muchas gracias, hermana, muchas gracias! Tu opinión me enorgullece, porque mi mayor honor es ser uña y carne vuestra"* (4).